

Año: XXIX, 1988 No. 663

N. D. Este ensayo es un extracto del publicado por el Freeman en abril de este año. El autor es asesor financiero, residente en San Diego. El Freeman es publicado mensualmente por la Fundación para la Educación Económica, de Nueva York. Mucho de lo que se asegura sobre el éxito de la planificación económica del Japón es un mito. Este ensayo aporta alguna evidencia.

Traducción de María Isabel Dougherty de Ibargüen.

El mito del M.I.T.I.

Por C. Brandon Crocker

Los déficits récord en la balanza comercial de los Estados Unidos, sumados al temor de que están perdiendo su base industrial, han llamado la atención hacia la necesidad de restaurar su competitividad económica. Una solución que se ha propuesto y que está abriendo camino en el frente político del momento, es la de una llamada «política industrial» léase intervención del gobierno en sectores específicos de la economía destinada a «mejorar los patrones de nuestras inversiones».

Los defensores de esa política industrial señalan al Japón como el mejor ejemplo del resultado de tal política. El gobierno japonés, por medio de agencias tales como el Ministerio de Comercio Internacional e Industria (M.I.T.I. por sus siglas en inglés) y el Ministerio de Finanzas, ha jugado un papel muy importante en la economía va el argumento transformando un Japón destrozado por la guerra en un gigante económico, en sólo 25 años.

Durante los años cincuenta y sesenta, el sistema bancario japonés no estaba bien desarrollado y las compañías japonesas tampoco tenían acceso a un mercado de capitales eficiente. Esto permitió al gobierno, por medio del Ministerio de Finanzas y el Banco del Japón, ejercer gran influencia sobre la disponibilidad de fondos para industrias específicas. Con este poder, el gobierno japonés racionó efectivamente los créditos autorizando mayores cantidades a industrias seleccionadas, tales como la siderurgia, los servicios públicos y las comunicaciones. Sin embargo, en cuanto los mercados de crédito domésticos maduraron y las empresas japonesas se expandieron y fueron capaces de atraer al mercado capitales extranjeros, el gobierno japonés perdió la habilidad de controlar el flujo del capital. No obstante, el gobierno aún controla una suma sustancial de los ahorros privados los cuales utiliza para subsidiar préstamos y garantías sobre préstamos.

El M.I.T.I. lleva mucho tiempo tratando de influir las políticas de las compañías buscando la coordinación de algunas de las actividades industriales, tales como la investigación y el desarrollo. Este papel ha aumentado en importancia ya que actualmente no es factible el racionamiento del crédito. El M.I.T.I. también ha relajado la ley antimonopolios para permitir que las empresas aúnen esfuerzos en actividades de investigación y que las empresas de las industrias en dificultades cooperen entre sí.

Sin embargo, el hecho que un gobierno trate de jugar un papel activo en la economía no significa que necesariamente afecte positivamente los resultados finales del mercado. Este es aparentemente el caso del Japón.

Durante los años cincuenta y sesenta, cuando el gobierno japonés utilizó el racionamiento del crédito para desviar el crédito a las industrias favorecidas, el Japón reconstruía su infraestructura industrial abatida en la guerra. Esto hizo relativamente fácil averiguar qué industrias necesitaban desarrollarse para alcanzar a los países industrializados. Más, sin embargo, un sistema de banca comercial privado hubiese escogido invertir probablemente en estas mismas industrias por ofrecer ganancias considerables a bajo riesgo. Pero aún si los esfuerzos del gobierno por dirigir las industrias después de la segunda guerra mundial coadyuvaron al renacimiento económico del Japón, tal política no sería relevante en una economía ya desarrollada, tal como la de los Estados Unidos, en 1988.

La supuesta influencia del M.I.T.I. en la industria japonesa es comúnmente exagerada. Las empresas japonesas siguen, por lo general, sólo las propuestas del M.I.T.I. con las que están de acuerdo. Por ejemplo, el M.I.T.I. se oponía a que Mitsubishi y Honda construyeran automóviles y tampoco quería que Sony comprara la tecnología americana de los transistores. Sin embargo, estas compañías prosiguieron con las negociaciones y transformaron industrias completas en éxitos sin precedentes a nivel mundial.

El M.I.T.I. no ha tenido un verdadero poder sobre las empresas japonesas desde que el gobierno del Japón perdió su cuasi-monopolio sobre el crédito a principio de los años setenta. Desde entonces, el M.I.T.I. únicamente emite sugerencias o dictamina en aquellos casos en los que los empresarios han propuesto programas de cooperación industrial, o empréstitos del gobierno. Sadanoi Yamanaka, Ministro de Comercio Internacional e Industrial (M.I.T.I.), afirmó en 1983, «El M.I.T.I. trabaja en forma indirecta. Cuando guía a la industria lo hace con mano suave. Ya no tiene un verdadero poder de coacción. El jugador principal es la empresa privada».

Viene al caso mencionar los semiconductores. Esta industria ha sido abanderada como un ejemplo del uso exitoso del financiamiento estatal de la investigación y el desarrollo. Con todo, el brazo fuerte del gobierno en inversiones, el Banco Japonés del Desarrollo, lleva invertidos únicamente el uno por ciento de su presupuesto en investigación y desarrollo para los semiconductores. Esto representa apenas un porcentaje mínimo del total invertido en investigación y desarrollo por toda la industria.

Además de estar disperso ampliamente, el presupuesto de inversión pública es relativamente pequeño. Lejos de ser un compañero agresivo en suplir fondos para la investigación y el desarrollo industrial, el gobierno japonés es aún menos activo de lo que es el gobierno de E. U. A.

Aunque el alcance de la política industrial japonesa ha sido exagerado, no es posible negar que ha tenido un efecto sobre la economía japonesa los últimos 35 años. Sin embargo, no hay evidencia convincente de que exista una relación causal entre la política industrial y el éxito de la economía japonesa. Es más, podríamos argumentar

que la economía japonesa floreció a pesar de las intervenciones de las agencias tales como el M.I.T.I.

Aparte de dirigirse a las industrias básicas después de la Segunda Guerra Mundial, el rendimiento de los planificadores japoneses deja mucho que desear, aún bajo sus propios estándares. Al contrario de los ejemplos de MITSUBISHI, HONDA y SONY que tuvieron la determinación y visión de desobedecer al M.I.T.I. algunos de los grandes fracasos industriales del Japón, tales como los astilleros y constructores aeroespaciales, recibieron bastante respaldo y financiamiento del gobierno. Las industrias japonesas de cemento, papel, vidrio, bicicletas y motocicletas todas de éxito ejemplares nunca recibieron mayor asistencia y, ocasionalmente, encontraron resistencia de parte del M.I.T.I. Las dos industrias que los americanos asocian con el éxito japonés automóviles y productos electrónicos jamás fueron escogidas por el gobierno japonés como industrias de prioridad.

La economía japonesa se vio beneficiada por un número de factores desde el principio de los años 50. Ninguno de estos factores tiene que ver con la política industrial promovida por el M.I.T.I.

Primero, alentados por bajas tasas tributarias sobre la renta proveniente de intereses, que para la mayoría de las personas en otros países es libre de impuestos, y por la ausencia de un sistema de seguridad social, los japoneses ahorran en un mayor grado. Segundo, los japoneses han tenido acceso a mano de obra relativamente barata hasta que recientemente el crecimiento económico empujó los salarios hacia arriba. Esta fuerza laboral goza de una ética de trabajo imponente. La mayoría de los japoneses trabajan seis días a la semana y toman escasos feriados. Tercero, los administradores japoneses han hecho un excelente trabajo controlando los costos de producción, reconocimiento y complaciendo los deseos del consumidor y formulando políticas de recursos humanos que mantienen la moral del trabajador y la productividad relativamente alta y el poder sindical bajo. Con tantas variables positivas en juego no hay razón para atribuir la vigorosidad de la economía japonesa a la política industrial.

El gobierno japonés no dirige a las industrias tal como quisieran verlo algunos defensores de intervencionismo en los E.U.A. La razón estriba en que el gobierno del Japón ya descubrió que no puede predecir cuáles serán las mejores industrias para el desarrollo del país en el futuro.

El Profesor de estrategia corporativa Aneel Karnani, de la Universidad de Michigan, expone claramente el problema: «¿Cuál será la industria de mayor crecimiento en la próxima década: computación o biotecnología? ¿Desearía usted que algún burócrata de algún lugar tome esa decisión?».

El economista austríaco F. A. Hayek nos da la respuesta: «A través de los esfuerzos recíprocamente ajustados de muchos individuos se utiliza más conocimiento que cualquier persona posee o es posible que sintetice intelectualmente. A través de la unificación del conocimiento disperso se obtienen logros más grandes que los que cualquier inteligencia única pudiera prever y disponer».

El mercado conjuga la información que posee cada uno de los individuos y, por lo tanto, el mercado hace mejores decisiones en cuanto a la óptima distribución de recursos de lo que cualquier grupo de burócratas pudiera tomar. El intentar identificar de antemano quienes serán 'ganadores y quienes 'perdedores es una locura.

El éxito económico del Japón no se debe al M.I.T.I. La historia del éxito japonés está basada en mucho ahorro, constante y eficaz trabajo y una excelente administración de empresas. Y son éstas las áreas que los E.U.A. debe fortalecer para permanecer competitivo en el mercado mundial, El gobierno de los E U.A. puede contribuir positivamente reduciendo el déficit fiscal, eliminando onerosas regulaciones y adoptando políticas impositivas que incentiven el trabajo y la inversión productiva. Pero intentar planificando no ayudará en nada.

«Nuestra civilización ha llegado a su estado actual de desarrollo precisamente porque no tuvo que ser deliberadamente planificada»

F.A. Hayek, Camino a la Servidumbre